TEATRO
MODERNO



50 CTS

L. NAVARRO
Y
J. M. PEREZ-MORIS

EL ORO DEL DIABLO

Gago
AXX



Leandro Navarro y
J. M. Pérez-Moris

EL ORO DEL DIABLO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Alkázar, de Madrid, el 3 de junio de 1930.

AÑO VI 21 - VI - 1930 NÚM. 252

A don Emilio Thuillier

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Esperanza	*Sra. Mata.*
Anita	» *Donnay.*
Doña Escolástica	» *Segarra.*
Pily	*Srta. Vilches.*
Mily	*Sra. Rubio.*
Don Carlos	*Sr. Thuillier.*
Carlitos	» *Fernández de Córdoba.*
Señor Roca	» *Berrio.*
Ernesto	» *Beringola.*
Criado	» *Ariño.*

La acción en Madrid.

ACTO PRIMERO

La escena representa un suntuoso despacho con un mirador al foro, haciendo chaflán con el lateral izquierda. Junto al mirador, dos amplios butacones. Puertas derecha e izquierda y otra al foro, todas practicables. Mesa, librería, bargueños, etc.

Al levantarse el telón, en escena Pily y Miiy Sangronis (dos niñas «bien») charlan con Anita, hija de los dueños de la casa, todas sentadas.

PILY. ¿Qué quieres, hija mía? Los novios están muy difíciles. Sí, se presentan ocasiones; pero, la verdad, no son gangas. O pollos de los que les faltan seis años para acabar la carrera, o viejos teñidos y calvos. Algún millonario, pero plebeyo. Algún aristócrata, pero arruinado... Total: que no encuentra una con quien decidirse. Y eso que ahora estamos relacionadas con lo mejor. ¿Verdad?

MILY. ¡Ahí es nada! Estamos lo que se dice metidas en sociedad. Anoche fuimos a una fiesta en el palacio de los señores de Iturralde. . ¡Un palacio de hoy!... ¡Y qué chicas!... ¡Y qué muchachos!... Las chicas, por los rincones, tumbadas en los divanes, y fumando descaradamente, y enseñando las piernas. ¡No tienes idea!

ANITA. ¿Más que vosotras?

PILY. Más. Pero no volverá a sucedernos. ¡Qué gente la gente «bien»! Las chicas, todas títulos, y ellos, ¡no digamos! ¡Y beben de un modo, y se gastan unas bromas!...

MILY. Pachín Godoy le quería tirar una fuente de dulces a Pina Somo, y ella le arrojó un «cap» por la pechera. ¡Lo puso!... ¡Y se reían horrores!

ANITA. ¿Y los dueños de la casa, qué hacían?

PILY. La señora estaba un poco mosca, porque le salpicaron un cortinaje, y el señor, no se enteraba

de nada. No hacía más que atender a los consejeros del Banco, que estaban todos en un salón verde...

MILY. Pero de un verde subido. Te lo confieso, parecía aquello un cabaret; pero un cabaret de postín, eso sí. Y nada de etiqueta: tú por tú todo el mundo. ¡Chica! ¡Estamos encantadas! Da gusto tratar con esas gentes.

PILY. A mí me parece un sueño. En tres meses, ¡cómo nos hemos colocado! Ahora vamos a ser presentadas en el palacio de los Virudi. Allí va lo más seleccionado.

MILY. Creo que dan unas cenas americanas que es el «descorchen». Muchas casadas, mucho champaña..., y comunismo, chica. Pero ¡qué comunismo! Comunismo aristocrático; comunismo de frac.

ANITA. ¡Qué extraordinario me parece oíros! Y vuestra madre, ¿qué comentarios hace?

PILY. Mamá, encantada, hijita, encantada. Han despertado en ella los buenos sentimientos. Se ha cortado el pelo y se tutea con todos los del saloncillo verde. Y el pobre papá, ¡no quiero decirte! ¡Con lo celoso que es!

ANITA. ¡Quién podría pensarlo!

MILY. ¿El qué, Anitín?

ANITA. Este cambio radical. Ahora me explico que llevéis tres meses sin verme. Naturalmente. ¿Quién soy yo? ¿Quién es Anita Salcedo ante vuestras amigas de hoy?... Os felicito, hijas; indudablemente habéis ganado en el cambio. Pero, eso sí, un consejo: no os dejéis llevar demasiado por vuestro snobismo.

PILY. ¡Oh! Nada de eso; nosotras, somos nosotras. Lo que sentimos de corazón, y bien puedes creerlo, Anitín, es no poder llevarte a todos esos sitios.

ANITA. ¡Por Dios, qué disparate! Yo os pondría en ridículo...

MILY. Tanto como eso, no, mujer. Tú eres una muchacha muy correcta y muy sensata; pero... lo que sucede: para alternar así, es preciso dine-

ro, mucho dinero. Tener una casa a tono, un coche a tono, un vestuario a tono...

ANITA. Sí, sí, mujer. Todo a tono...

PILY. Precisamente. Ya ves—como hay confianza entre nosotras, se puede decir—: pensamos avisarte para el baile del Ritz... pero... no sabíamos... ¿Tendrá traje?, nos preguntamos... ¿La dejarán en casa?... Lo que sucede, chica... Por eso hemos venido... Para disculparnos contigo. ¡Ya puedes agradecernos! Eres la única amiga de antes de la que no nos hemos olvidado. Oye, a propósito: ¿Podrías devolvernos los retratos de este verano? Tengo interés en coleccionarlos.

ANITA. Bien. Espérame un instante; en seguida vuelvo. *(Mutis.)*

MILY. ¡Has estado enorme! Te la has cargado en puertas... ¡Así! ¡Para que presuma otra vez!

PILY. ¿No he exagerado mucho?

MILY. ¡Qué disparate, mujer! Se ha creído todo.

PILY. Y parte es verdad.

MILY. Pero ¿me lo vas a decir a mí? Será, será con el tiempo. Si se enfada, mejor; que vea que hay distancias. ¡Unas Sangroniz al lado de una Salcedo! ¡Y de una Salcedo sin dos gordas!

PILY. No digas gordas, que es muy grosero.

MILY. Pues sin dos peniques, que es muy británico.

PILY. Silencio. Ella.

ANITA. *(Entrando.)* Aquí tenéis las fotos.

PILY. Agradecidísimas, Anita.

MILY. ¡Qué vestido tan mono llevas! ¿Modelo?

ANITA. No. La modista de mamá. Es muy discretito, ¿verdad?

PILY. Sí... Estos son de casa de Creimen... El modisto de la princesa.

ANITA. ¿De la princesa?

MILY. En confianza: le llaman así, porque vive en la calle de la ídem..., pero, no creas, ¡es carísimo!

ANITA. ¡Estáis muy elegantes!

PILY. Es imprescindible vestir. ¡Tenemos tantas amistades!...

ANITA. Casi casi me dais envidia.

MILY. ¡Oh, no! Eso tampoco... Cuando quieras que

te presentemos a alguna amiga, ven a casa. Por la tarde a primera hora van las hijas del vizconde de Neillín. ¡Son tan agradables y tan elegantes!... Ven un día, pero procura ir «chic», porque, eso sí, se fijan en todo. Pasan revista. Y... bueno, te dejamos. Es tardísimo. Besos a Fernanda y a Zaqui. Si escribes a Eva, ya sabes. Adiós, sol... Adiós...

ANITA. Adiós, preciosas.

PILY. Adiós, adiós. *(Mutis por el foro las tres.)*

CARL. *(Entrando por la derecha.)* Por fin se fueron esas estúpidas. Si supiesen lo que las odio... ¡Orgullosas! ¡Imbéciles! ¡Bah!, lo mejor es romper, romper con todo esto. *(Se sienta a escribir.)* *(Después de escribir.)* Yo quisiera expresarles las razones que me obligan a no aceptar. Pero... ¡Es tan difícil!... ¡Tan difícil!...

ANITA. *(Entrando por el foro derecha.)* ¡Ah! ¿Estás aquí? Me alegro de verte.

CARL. Yo también me alegro. Siéntate.

ANITA. ¿Aquí, en el despacho de papá?

CARL. Aquí, sí. No está papá en casa. Siéntate, te digo. ¿No has estado aquí con tus amigas? Eres tímida e insoportable. Luego dices que si papá me distingue, que si más pareces una intrusa... Claro, es natural. Te pasas la vida huyendo de él...

ANITA. Eso no es verdad, Carlos. Es que él no me da confianzas como a ti. No es cosa de que yo me las tome. Sabes que su carácter es brusco y autoritario...

CARL. ¡Bah! Manías tuyas. Papá es un infeliz demasiado bueno.

ANITA. En eso te doy la razón. Demasiado bueno.

CARL. Pero, ¿qué es lo que te sucede, criatura? ¿Qué cara es esa, di?

ANITA. Cosas que pasan. Por eso entré a buscarte. Quería decirte...

CARL. Indudablemente, eres el rigor de las desdichas. ¿No te presenté a una peña de gente simpática? ¿No me confesaste que te divertías y que empezabas a ser dichosa?... Pues, ¿entonces, mujer? ¿Qué te sucede?

ANITA. Llevamos más de un mes sin hablar de nada... Tú ya no vas con esa gente.

CARL. Por ti. Comprendí que Ernesto te hacía el amor. No me pareció muy correcto seguir allí a todas horas... ¿Qué más puedes pedir? Te gusta el muchacho, ¿no?

ANITA. Sí.

CARL. Es un buen chico. De una gran familia. No tiene una gran posición, ciertamente; pero... su tía le dejará toda su fortuna... ¡Bah!... Ahora, con su carrera y con un poco de paciencia por parte de los dos...

ANITA. Veo que ignoras en absoluto todo lo que sucede. Alguna vez tenía que demostrarme que, en efecto, eres más joven que yo. Todavía tienes la feliz cualidad de verlo todo de color de rosa...

CARL. ¡Anita!... No te comprendo hoy... Tú te figurarás que los demás no tenemos preocupaciones... Aquí me tienes. Estaba escribiendo una carta bien triste y bien desagradable para mí.

ANITA. ¿Carta de pésame?

CARL. Peor aún.

ANITA. ¿Peor que de pésame?...

CARL. Sí. ¡De renunciación! Me invitaron por fin los de Sotillo a lo que tanto ambicionaba... A la cacería en la finca de Somolinos...

ANITA. ¿Y entonces?...

CARL. Ahora te diré yo... ¿Ves cómo la que lo ve todo de color de rosa eres tú?... Y no creas que me importa tanto renunciar. Más me hubiera dolido no haber sido invitado... Dar gusto al orgullo, consuela, aunque no demos gusto a nuestro gusto... No acepto por lo que nadie podría imaginarse; casi me da vergüenza el hablarte a ti de esto. Es tan ridículo... No acepto porque no tengo ropa, ni dinero... Estarán allí varios días. Me falta de precisión el capote y algún detalle más y no es cosa de presentarse mal. Bien sé que no es ése el momento de gastar dinero, y menos de pedirlo a papá... En medio de todo, si se lo suponen así, mejor. Así verán bien claro

que en casa no nos aprovechamos de la política, como...

ANITA. No te comprendo...

CARL. ¡Bah! Es muy sencillo...

ANITA. Si quieres, yo tengo algún dinero... Trescientas pesetas... Quizás algo más... Con eso ya tienes para los días que pases allí. El capote, pídeselo a Alvarado. El ya no va a ningún sitio. Desde que se casó... Te lo prestará seguramente.

CARL. No... No es sólo la ropa. Es... uno mismo...

ANITA. ¡Bah! ¿Pilar Sotillo?

CARL. Sí.

ANITA. ¿No quieres ir por eso?

CARL. Sí. También por eso. No quiero tener que lamentarme dentro de unos meses de lo que seguramente te vas a lamentar tú dentro de un instante... ¿Existe oposición familiar?

ANITA. Sí.

CARL. ¿Su madre? ¿Sus hermanas?

ANITA. Peor. Su tía se niega a que sigan nuestras relaciones...

CARL. ¡Bah! No te disgustes, mujer... ¿Qué más da? Tal vez dentro de algunos meses sean ellos los que nos busquen a nosotros...

ANITA. Quizá...

CARL. ¿Lo dudas?

ANITA. Sí.

CARL. Pues haces mal. Papá está muy bien situado. Es muy habilidoso... Emplea siempre una política tan diplomática...

ANITA. No es cosa de fiar en la buena suerte política de papá... ¿Tú crees que debo terminar con Ernesto?

CARL. ¿Te interesa?... ¿Le quieres?

ANITA. Sí... Pero no quiero ser un obstáculo para él...

CARL. Ten paciencia...

ANITA. Soportar a su familia en oposición a nuestras relaciones, me parece insoportable.

CARL. Pues rompe con él.

DONC. *(Entrando.)* El señorito Ernesto pregunta por el señorito...

CARL. ¿Por mí?... Dígale usted que pase.

DONC. Bien, señorito. *(Hace mutis.)*

CARL. Tu... novio.

ANITA. Es extraño. Hace mucho tiempo que no viene a esta casa. Desde que...

ERNES. *(Entrando.)* Buenas tardes...

CARL. Hola, Ernesto... Pasa. Siéntate.

ERNES. Hola, Anita. ¿Tus padres bien?

CARL. Bien todos. Siéntate... ¿Qué te trae por aquí? Me dijo la doncella que venías a verme.

ANITA. Yo os dejo... Hasta luego...

ERNES. Hasta luego. ¿Irás a casa de Pilar?

ANITA. Seguramente. Adiós. *(Hace mutis.)*

ERNES. Oye. Venía a preguntarte si vas tú a la cacería de Somolinos.

CARL. No lo sé todavía. Siéntate...

ERNES. No; tengo varias cosas que hacer. Tengo mucha prisa... Di, ¿piensas ir?

CARL. No lo sé aún...

ERNES. ¿Te invitaron ya?

CARL. Sí. Desde luego.

ERNES. ¿Entoces?...

CARL. Tengo asuntos de mi padre aquí...

ERNES. En caso de que no fueses, ¿me prestarías tu rifle y parte de tu equipo?

CARL. Cuenta con ello... Desde luego, cuenta con ello... ¿Algo más?

ERNES. Sí. Hace mucho tiempo que tú y yo no hablamos... Ya sabes que Anita y yo... No son cosas para comunicarlas oficialmente; pero... ¿por qué he de negártelo?... Tú y yo somos amigos de siempre... Hemos de ser hermanos...

CARL. Creo que se opone demasiada gente...

ERNES. Eso quería decirte. No le hagas caso a Anita. Defiéndeme, chico, que buena falta me hace...

CARL. Pero ¿es verdad que doña Asunción?...

ERNES. Mi tía es neurasténica. Le ha dado por decir que, o me casa con Pilar Sotillo, o me deshereda, y... claro, la pobre mamá está asustadísima... Pero... en tu mano está todo. Pilar está por ti, Declárate pronto y me salvas, Carlitos...

CARL. ¿Tú crees que Pilar?...

ERNES. Me lo ha dicho ella.

CARL. Eres un buen muchacho. Simpatiquísimo, ¡palabra!
ERNES. ¿De verdad?...
CARL. Sí... Pero... no cuentes ya con la escopeta ni con el equipo.
ERNES. ¿Cómo?...
CARL. Los necesito. Me son imprescindibles...
ERNES. Bueno; ¡estás como una cabra!...
CARL. Quizás... ¿De modo que tu tía... quiere que Pilarín?...
ERNES. Yo crei que lo sabías...
CARL. Acabo de enterarme.
ERNES. Bien; ¿me ayudarás?
CARL. En todo...
ERNES. ¿Palabra?
CARL. Palabra.
ERNES. ¿Nos veremos entonces en Somolinos?
CARL. Desde luego. Oye, ¿sabes quién te puede prestar... Sí... Alvarado, Joaquín... Ese tiene de todo...
ERNES. Entonces, voy a verle, porque... Sí... No tengo más tiempo que perder...
CARL. *(Aparte.)* A mí, lo que me falta es... un capote. Oye:
ERNES. ¿Qué?
CARL. No le pidas el capote de campo a Alvarado, ¿sabes?...
ERNES. ¡Ah! ¿No?... ¿Por qué?
CARL. No lo tiene, ¿sabes? Y le molestaría que se lo pidieses y tuviese que decirte que no... Rifle, y vendas, y manoplas, sí...; pero... capote, no...
ERNES. ¿El no irá a Somolinos?
CARL. No. Seguro que no...
ERNES. Adiós, Carlitos. *(Sale. Entran doña Esperanza y Anita.)*
ESPER. ¡Carlos!...
CARL. Hola, mamá.
ANITA. ¿Se fué Ernesto?
CARL. Sí.
ANITA. ¿Qué quería?
CARL. Nada...
ANITA. Algo malo sería cuando no lo quieres decir.

CARL. Nada malo... Un beso, mamaita... Estás muy guapa.

ANITA. ¿Te vas?

CARL. Voy a enviar esta carta a los marqueses...

ANITA. ¿Aceptando?

CARL. Sí... Y pidiéndoles otra invitación.

ANITA. ¿Entonces?...

CARL. Ya hablaremos. Ya hablaremos, mujer. *(Mutis.)*

ESPER. ¿Qué te decía tu hermano, Anita?

ANITA. Nada, mamá. No tiene importancia.

ESPER. ¿Se fué Ernesto?

ANITA. Sí.

ESPER. ¿No sabes a lo que vino?

ANITA. No, mamá. Como Carlos es tan reservado...

ESPER. El mismo carácter que papá.

ANITA. Pero, entre ellos, no tienen secretos.

ESPER. Tu padre tiene esa debilidad. Quiere a Carlos tal vez con exceso...

ANITA. En cambio a mí...

ESPER. No digas eso. Tu padre es capaz por ti de los mismos sacrificios que por Carlos.

ANITA. Sin embargo...

ESPER. Eres injusta al quejarte de él... Os da cuanto tiene ; tal vez por eso no llegó nunca a conseguir guardar dinero y hacerse una posición independiente...

ANITA. No sé por qué te obstinas en ocultarme lo que estamos cansados de saber... Papá se gastó en unos negocios, en que no le acompañó la fortuna, todo lo que tenías...

ESPER. Lo que tenía yo, no ; lo que teníamos.

ANITA. ¿No era dinero que tú heredaste?...

ESPER. En esta casa no se hicieron jamás esas distinciones. Todo lo que yo pude darle, bien poco ha sido y no merece comentarios. El ha sacado adelante esta casa ; ha elevado la posición social modesta en que vivíamos, que hoy nos permite tratarnos con todo el mundo, y por si esto fuese poco, os ha dado, hija mía, un apellido ilustre y una educación elevada. Creo que no es justo recriminar a tu pobre padre...

ANITA. Basta, mamá. Dejemos eso. Yo sólo sé una cosa :

que la carrera de papá y sus relaciones nos han obligado a rodearnos de gentes que son más que nosotros...

ESPER. Más que nosotros, no...

ANITA. Más que nosotros, sí... Que, el que más y el que menos, tiene una posición, la suya; lo suficiente para que nadie se oponga a que sea feliz, mientras que yo... o nosotros, mejor dicho..., vivimos de un modo falso... inestable..., para engañarnos y engañar inútilmente a los que nos rodean... Por lo visto, jamás os preocupó este problema..., que es, desgraciadamente, más trascendental de lo que parece a simple vista...

ESPER. ¡Calla!

ANITA. No... ¡Tengo tanta razón en lo que digo!...

ESPER. ¿Qué os ha faltado hasta hoy?

ANITA. ¿Y qué nos faltará desde mañana?... Nos disteis todos los gustos, todos los caprichos; nos educasteis como a ricos, y no lo somos. Y esto sería lo de menos... Pero... una diferencia de verdadera posición nos separará siempre del mundo en que vivimos... Esto... esto es lo lamentable.

ESPER. Según eso..., el dinero es la felicidad.

ANITA. A veces, sí... Hasta hoy no pensé así, tú lo sabes... Hoy, perdonarás que empiece a pensarlo... Y esta es mi tristeza... Mi hermano Carlos tiene, siquiera, esa ilusión: la de poder ganarlo él, por sí mismo. Yo, no; una señorita educada a la antigua, que para nada sirve... ¿Qué puede hacer?... ¿Cómo ha de asomarse a la vida para luchar con ella sin que en la lucha se deje lo que más pueden apreciar los demás?... *(Llora.)*

ESPER. ¡Hija!... ¡Anita! ¡Hija mía! No sufras así... Nadie lo merece. ¡Si tú supieses qué insignificante es todo lo que en este instante te está sucediendo!...

CARL. *(Entrando.)* ¡Bueno! ¡Es el colmo! Por ahí se dice que papá ha accedido a ocupar el cargo que desempeña porque tiene un buen ejemplo en sus acaudalados antecesores. ¿Qué os parece? ¡Si supiesen las que estamos pasando aquí!...

ESPER. ¿Y quién murmura semejante cosa?

CARL. ¿Quién?... Todos, mamá. ¡Todos! Acabo de hablar con Estévez, el secretario de don Jorge... Todos murmuran, y esto es intolerable...

ANITA. Silencio, Carlos, ahí viene papá.

CARL. ¿Solo?

ESPER. No; viene con un señor...

ANITA. Vámonos entonces... Yo pienso ir a casa de Pilar esta tarde... ¿Me acompañarás, mamá?

ESPER. No sé si podré, hijita. Espero a tu tía Isabel. Ahora telefonearemos. *(Salen.)*

CARL. *(Solo.)* ¿Traerá contestación de lo de mi propuesta?... ¡Si Dios quisiera!...

D. CAR. *(Entrando con Roca.)* Pase, pase usted por aquí, señor Roca. Hola, Carlitos... Aquí le presento a mi hijo Carlos... Don José Roca... Persona de quien no me has oído hablar nunca y a quien, sin embargo, estimo en mucho.

CARL. Mucho gusto.

ROCA. Encantado.

CARL ¿Arreglaste lo mío, papá?

D. CAR. Se arreglará, se arreglará...

CARL. Pero...

D. CAR. No seas impaciente, muchacho. Anda, di a mamá que deseo presentarle a un buen amigo mío...

CARL. A sus órdenes. Con tu permiso, papá. *(Sale.)*

ROCA. ¡Simpático muchacho!

D. CAR. Y bueno. Mi chico se lo merece todo... Estudioso, listo, agradable con todo el mundo... Pero... con poca fortuna... Veremos a ver si logramos meterle entre los nuestros.

ROCA. ¿Y su hija? Deseo conocerla también.

D. CAR. ¡Oh! Esa, siendo mayor que el chico, es mucho más niña en sus costumbres...

ROCA. Por lo que se ve, es usted un padre feliz.

D. CAR. Sí que lo soy. ¿Por qué negarlo? Los dos me quieren y me respetan...

ROCA. ¿Los dos?...

D. CAR. Los dos, naturalmente.

ROCA. Y usted, ¿a cuál quiere más?

D. CAR. ¡Hombre, qué pregunta! A los dos. No he de negarle mi simpatía, mi constante trato y mi confianza con el chico... y, sin embargo, puede que

Anita... me quiera aun más... ; pero, por ser mujer, y muy apegada al cariño de su madre, tal vez por esto siempre vivió un poco alejada de mí...

ROCA. Observo que usted es un hombre sincero, y, ese cariño de su hija, bien que le honra...

D. CAR. No acabo de comprender lo que quiere decirme...

ROCA. Pronto lo comprenderá todo...

D. CAR. ¿Podría usted explicarme ya el objeto de su viaje a Madrid y de la relación que yo pueda tener en todo ello?

ROCA. Unos instantes más, amigo mío... Se lo suplico a usted.

D. CAR. No he de negarle que es usted un hombre de una simpatía avasalladora... Hace dos días recibí una carta: «Señor don Carlos Salcedo. Muy señor mío: Para hablar de un asunto de sumo interés, relacionado con usted, he venido a Madrid, y le ruego se pase por el hotel Ritz, donde le espero. De usted atento...»

ROCA. Exacto; buena memoria.

D. CAR. Hace dos días que converso con usted de mil cosas... y aun no ha llegado el instante en que usted me exponga el objeto de su visita... Dígame siquiera, y para mi tranquilidad: ¿Son buenas o malas las noticias que usted ha de darme?

ROCA. Buenas y malas.

D. CAR. ¿Cómo?

ROCA. Aun no puedo explicarme... Buenas en una parte... Y malas... puesto que han de despertar y suscitar recuerdos...

D. CAR. *(A doña Esperanza, que entra.)* Pasa, pasa, Esperanza.

ESPER. Me dijo Carlos que querías presentarme...

D. CAR. Sí, en efecto. *(Presentando.)* El señor don José Roca.

ESPER. Muy señor mío.

ROCA. Señora...

ESPER. Tome usted asiento.

D. CAR. Tú dirás: ¿quién es don José Roca?... Eso mismo digo yo; es decir, eso mismo, no. Don José Roca es un hombre simpatiquísimo, un caballero

en toda la extensión de la palabra; persona muy bien relacionada, según he podido colegir en las conversaciones que he tenido con él... y abogado, y propietario. Esto es todo lo que sé de este simpático señor, que desde hace dos días dialoga con tu querido esposo.

ROCA. Felicito a usted, señora. Su marido tiene una facilidad de palabra arrolladora. Bien... Ha llegado el momento de que yo les dé a conocer el objeto de mi visita... Traigo una misión diplomática muy delicada y que exigía estos dos días de tanteo... Necesitaba conocer a fondo el terreno que pisaba... y conocer, si no a fondo, sí lo suficiente a su esposo, señora.

D. CAR. ¿Llegó el momento de la explicación?

ROCA. Llegó, sí. Pero, antes de conocer a su hija, cosa que mucho deseo, quisiera hablar con ustedes sin que nadie pudiese interrumpirnos. Sería lamentable que a la mitad de una conversación definitiva, y que dejará memoria imborrable en todos nosotros, alguien pudiese interrumpir...

D. CAR. *(Cerrando las puertas.)* Así... Ahora, nadie puede intervenir en sus palabras. Le escuchamos a usted con verdadera ansiedad.

ROCA. Y no es para menos. Mucho lamento, con esta evocación que he de hacer, traer a la memoria de ustedes, y a la paz de este hogar feliz, recuerdos desagradables. Señores míos: soy en este instante la única persona en el mundo que posee el secreto de ustedes.

ESPER. ¿Nuestro secreto?

ROCA. Sí. Ese secreto de familia que tan dignamente han sabido ustedes ocultar a sus hijos y al mundo...

D. CAR. Acabe usted. Se lo suplico...

ROCA. No ignoro que uno de los dos hijos del matrimonio de ustedes no es hijo de los dos, sino de usted solamente. *(Señala a Esperanza.)* Perdón si mis palabras ofenden a usted. No es ese mi deseo... No ignoro tampoco que esa hija, Ana María, es quien...

D. CAR. Basta. Yo le ruego...

ROCA. Y yo le suplico a usted que olvide que soy la persona designada por quien no ha mucho tiempo dejó de existir... Que vea en mí solamente al hombre que tiene sobre sí encomendada una misión penosa, que ha de cumplir, pese a quien pese. Alberto Durán... era íntimo amigo mío... En mí confió sus más íntimos secretos. Al morir, dejó un capital de dos millones y medio de pesetas... Su última voluntad fué que su hija heredase esa fortuna... Y he aquí, a grandes rasgos, el objeto de mi visita.

D. CAR. Solamente el volver a oír hablar de aquel canalla...

ROCA. Le ruego que reprima sus nervios y que razone fríamente. Yo sé, mejor que nadie, hasta dónde llegó su bondad de usted... Sé que usted supo apreciar lo que valía esta señora y hacerla su esposa. Sé que más tarde reconoció usted a su hija, y tampoco ignoro, porque usted mismo me lo ha confesado, el cariño que ha depositado usted en esa hija, tan débil sin su ayuda y tan desamparada...

D. CAR. Lo único que usted ignora es el daño que me hacen sus palabras. Los años han borrado casi por completo de mi memoria toda esa triste historia de nuestro pasado. Hacía muchos años, muchos, señor mío, que no se hablaba de esto en nuestra casa ; y no era silencio solamente, era, y esto era lo hermoso, olvido natural, lógico... Olvido, nacido en la compensación, al ser felices y al saber que hacíamos felices a otros seres queridos.

ROCA. Yo lamento mucho haber tenido que recordar... Sin embargo, se trata de algo que usted no puede ni debe rechazar. Esa fortuna considerable, que yo he de depositar en su hija, en la señorita Ana María Salcedo, que así consta en la escritura del testamento...

D. CAR. Basta. ¿Para qué seguir hablando de escrituras, ni de millones, ni de testamento?... Lamento que usted, un hombre que desde el primer instante se ganó mi simpatía, sea quien...

ESPER. Cálmate, Carlos...

D. CAR. Cálmate tú también. Unos instantes más, y todo habrá pasado y la tranquilidad volverá a reinar en nosotros como reinaba hace unos momentos. *(A Roca.)* Señor don José Roca: Siento mucho que su viaje desde Barcelona y su misión no hayan tenido resultado de utilidad entre nosotros. En esta casa rechazamos de plano herencias de personas ajenas a nosotros y a quienes nunca conocimos.

ROCA. Procede usted muy de ligero... Sería preciso que su hija rechazase esa herencia también.

ESPER. Nuestra hija no hará sino estar de acuerdo en todo con mi esposo. Es a él, únicamente, a quien tiene usted que hablar de este asunto, y su contestación es la de mi hija y la mía misma.

ROCA. En ese caso, será preciso que reflexione usted y, una vez que haya reflexionado, verá cómo es injusto su proceder, hijo de su dignidad, de sus arrebatos, de sus nervios. Pero, hay algo más respetable que todo eso, señor mío.

D. CAR. ¿Más respetable para mí?

ROCA. Sí. Más respetable para usted... Su conciencia, su deber..., su tranquilidad de mañana... Dos millones de pesetas pueden constituir la felicidad de su hija. Usted no debe privarla de esa felicidad.

D. CAR. Yo no debo aceptar ese dinero.

ROCA. No ha de ser usted quien lo acepte, sino ella misma.

D. CAR. Usted comprende tanto como yo las razones que me obligan a rechazarlo. Yo soy un hombre leal... Tropecé en el camino de mi juventud con una mujer joven y hermosa a quien un miserable había hecho desgraciada, abandonándola después. Me enamoré de su bondad, me conmovió su pena... y, su hermosura, me apasionó, y, olvidándolo todo, todo—consejos familiares, deberes—, todo, me entregué a ella sin reservas...

ESPER. ¡Carlos! ¡Carlos!...

D. CAR. Al cabo de algún tiempo, aquella mujer era, ante todos, mi digna esposa y madre de mis hijos...

¡De mis hijos! ¿Comprende usted? ¡Míos! ¡Sí! ¡Míos son! Mi herencia es su fortuna; mi trabajo, su ejemplo, y ningún otro padre tiene derecho ni a eso, ni a llevarse siquiera, al morir, la satisfacción de un deber comprado con su dinero. Quede ese dinero para otros, para los hijos desamparados, para los hijos sin padre y sin apellido. Para los otros. Para estos hijos míos, basta el honor mío y mi propia vergüenza, que es la suya. *(Golpean a la puerta.)*

ESPER. Están llamando. ¿No oyes? Están llamando... Cálmate, te lo suplico.

D. CAR. Abre, abre esa puerta.

ESPER. Carlos...

D. CAR. Abre... Deja. Yo abriré. ¿Quién? ¡Ah! Eres tú... Pasa, pasa, mujer. *(Transición.)* Te voy a presentar... al señor Roca. Nuestra hija, Ana María.

ROCA. Señorita... Tengo una verdadera satisfacción en saludarla...

ANITA. Carlos me dijo que deseabas presentarme a este señor. Por eso entré. ¿Me acompañas, mamá?

ESPER. ¿Te vas?

ANITA. Sí. Voy a casa de Pilar. ¿Te quedas aquí?

ESPER. Sí. Papá me necesita.

D. CAR. No. Ya... Para nada es preciso que te quedes. Puedes... debes acompañar a tu hija. Yo tengo que ultimar unos asuntos con el señor Roca.

ESPER. Yo también prefiero marcharme. Mi presencia aquí podría coaccionarte... Les dejo. Señor Roca... Carlos...

D. CAR. Serénate, mujer... Tu deber es acompañar a tu hija... y alejarla de aquí.

ANITA. *(Despidiéndose del señor Roca.)* Adiós entonces, papá... No trabajes tanto... Llevas una vida demasiado agitada. Nada ni nadie merece que tú te intranquilices así. Adiós... Dame un beso, papá. Señor Roca, mucho gusto en conocer a usted.

ROCA. Señorita...

ANITA. ¿Vamos, mamá?

ESPER. Vamos, hija mía...

D. CAR. Un instante más... *(Después de haber hecho mutis la hija, a Esperanza, cogiéndola de un brazo y haciéndola entrar nuevamente.)* Quiero tu opinión... Tu opinión sincera... Si tu crees, en efecto, que puede ser egoísta mi actitud, dílo... Dímelo, como siempre me dijiste lo que pensabas...

ESPER. Egoísta, no. Eso, jamás. Tú nunca fuiste egoísta. Sin embargo, me pides sinceridad...

D. CAR. Te la exijo.

ESPER. ¡Sería tan feliz, tan feliz nuestra hija con ese dinero!... Perdóname, perdóname, Carlos.

D. CAR. Nada debo perdonar. Puedes marcharte ya y... no olvides decir a Carlos que necesito hablar con él unos instantes.

ESPER. ¿Con Carlos?

D. CAR. Sí. Anda, ve... ve con tu hija.

ESPER. ¡Carlos!...

D. CAR. Ve con tu hija.

ROCA. Señora... *(Mutis de Esperanza.)* ¿Qué se propone usted?...

D. CAR. Le suplico a usted que me perdone unos instantes... Aquí tiene usted revistas... Puede leer. Quisiera hablar con mi hijo...

ROCA. Si usted quiere, yo me retiro.

D. CAR. No; no es preciso. Sabe usted que con usted, desgraciadamente, no tengo secretos. Es por él. A él le extrañaría que yo hablase delante de usted.

ROCA. Veo que la serenidad ha vuelto a usted y me felicito.

CARL. *(Entrando.)* ¿Me llamabas, papá?

D. CAR. Sí. Oye, tú no tienes secretos para mí... Dime la verdad, ¿qué le ocurre a tu hermana?

CARL. ¿A mi hermana? ¿Y es eso lo que querías preguntarme?

D. CAR. Sí. ¿Te extraña?

CARL. No. Pero... no creía que te pudiese preocupar ahora ese pequeño problema sentimental...

D. CAR. ¿Problema sentimental?

CARL. Sí. La familia de Ernesto... parece que se opone a las relaciones...

D. CAR. ¿Por qué causa?

CARL. Cuestiones económicas. Pero, no te preocupes. Espero que todo se arreglará satisfactoriamente.

D. CAR. Pero... esa familia, ¿se opone sólo por el dinero?

CARL. Naturalmente, papá... ¡ Eres de una inocencia !... El dinero, hoy día, tiene una importancia social abrumadora, ¡ enorme ! El dinero es el complemento de la felicidad.

D. CAR. Bien ; en concreto : Si tu hermana tuviese fortuna, ¿todo se arreglaría a las mil maravillas?

CARL. Naturalmente. Bueno ; según a lo que llames tú una fortuna.

D. CAR. Dos millones y medio de pesetas.

CARL. ¡ Querido papá ! ¡ Dos millones de pesetas ! Si mi hermana tuviese dos millones, había cambiado el panorama totalmente... Pero... Oye, tú, ¿es que quieres tomarme el pelo? ¡ Dos millones ! ¿De qué se trata? ¿De una tía en América? ¿Alguna herencia insospechada?

D. CAR. Precisamente.

CARL. ¡ Papá de mi alma !

D. CAR. No vayas tan de prisa. Ahora te ruego que me dejes a solas.

CARL. Bien, papá. Y... quiera Dios que sea verdad eso que me has empezado a dejar vislumbrar en lejanía.

D. CAR. Muy en lejanía.

CARL. ¿Muy, muy, muy en lejanía?

D. CAR. Anda, vete.

CARL. Adiós, papá.

D. CAR. Adiós, hijo mío. *(Mutis Carlos. A Roca.)* Señor Roca...

ROCA. Y ahora, ¿acepta usted?

D. CAR. Venga usted mañana y... hablaremos detenidamente.

ROCA. ¿Hasta mañana, entonces?

D. CAR. Hasta mañana. ¡ Ah ! Un instante. Unas palabras más...

ROCA. Usted dirá.

D. CAR. ¿Usted cree que mi deber es aceptar?

ROCA. Naturalmente. Ese es su deber, y creo tener un alto concepto de él.

D. CAR. Tal vez sea como usted dice. Las palabras frías e

inconscientes de mi hijo Carlos me hicieron volver a la realidad. Si fuese, como usted dice, ese mi deber, no lo dude, señor... yo, cumpliría mi deber. Lo cumplí siempre. Fuí... un esclavo del deber. Yo lo reflexionaré y, entonces, si accedo, cumpliré mi deber, el de mi conciencia, el mío... Ahora, en este instante, si accediese, cumpliría el otro, el que usted cree interpretar. Y a mis años, los hombres debemos cumplir siempre nuestro deber. El nuestro exclusivamente. ¿Comprendido?...

ROCA. Comprendido.

D. CAR. ¿Me disculpará usted?

ROCA. ¿Cómo no?

D. CAR. Hasta mañana, entonces.

ROCA. Hasta mañana... ¿Qué hora?

D. CAR. Después de almorzar.

ROCA. Conformes.

D. CAR. Conformes.

ROCA. Adiós, querido. *(Mutis Roca.)*

D. CAR. Adiós.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. En escena, al levantarse el telón, Anita y Ernesto, que entra detrás de ella. Anita se quita el sombrero al entrar.

ERNES. ¡Anita!

ANITA. Ernesto, ¿tú?

ERNES. ¿Te extraña?

ANITA. Naturalmente. No te esperaba hoy.

ERNES. Vengo a darte una buena noticia. Mis padres están dispuestos a ayudarnos en todo... Quieren que nos casemos cuanto antes... No puedes figurarte la alegría que tengo... Pero, ¿qué te sucede? ¿No te alegras tú?

ANITA. Por lo visto, de tanta alegría necesitaste ayer irte de juerga con tus primos y con Javier, ¿no es eso?

ERNES. ¡Ah, vamos! Ya vinieron con el soplo, ¿no? Y tú, ¿de dónde vienes ahora?

ANITA. Eso es lo que a ti no te importa. No estoy dispuesta a perdonar tus ligerezas.

ERNES. Pero, Anita, mujer... Fué un compromiso, puedes creerlo. Ya sabes lo que es mi primo. Vino a buscarme, le dije que no iría; les dí razones y les parecieron excelentes, tanto, que se empeñaron en celebrarlo y, como comprenderás, tuve que acompañarles

ANITA. Basta, Ernesto. Una muchacha como yo no puede consentir que su novio se esté en esos cabarets hasta las cinco de la mañana.

ERNES. Cierran a las cuatro. Además, mi conducta fué irreprochable.

ANITA. ¿Vas a decir que no bailaste con unas y con otras?

ERNES. ¿Lo ves? Irreprochable. Lo temible es que hubiese bailado con una solamente. ¿Lo comprendes? ¿Dí?

ANITA. No comprendo nada.

ERNES. Será la última vez, te lo aseguro.

ANITA. Aunque me lo jures...

ERNES. Te doy mi palabra.

ANITA. ¡Tu palabra! ¡De mucho vale tu palabra! Y por la tarde..., otra trastada.

ERNES. ¿Por la tarde? ¿Qué tarde? ¿Quién, yo?

ANITA. ¿Es que vas a negarme que ayer te pasaste la tarde en las carreras acompañando a Fifí Morales?

ERNES. No, no lo niego.

ANITA. ¿Entonces?...

ERNES. Entonces... No me dejas hablar, no me dejas que me justifique.

ANITA. Mira, Ernesto: ni hables ni te justifiques. Mejor es dejarlo así. No habría de creerte una palabra.

ERNES. *(Con entonación.)* El reo, por grandes que sean sus culpas, tiene derecho a defenderse, antes de que los jueces emitan su fallo. Y dice el Código...

ANITA. No, por Dios. Déjate de códigos. No estamos hablando del Código. Estamos tratando de ti y de mí... y de Fifí Morales, en este instante. ¡Qué horror! ¡Qué habrá dicho la gente!...

ERNES. Oye, Anita, ¿me dejas explicarme?

ANITA. No.
ERNES. ¡Anita! ¡Por Dios! Yo te pido, yo te suplico...
ANITA. Siempre que no seas pelmazo y no me hables del Código...
ERNES. Conforme. No hablaré del Código.
ANITA. A ver la de mentiras que me vas a contar.
ERNES. Mira, Anita: Fifí Morales es una buena chica.
ANITA. Si la explicación es para decirme eso, no continúes, Ernesto.
ERNES. Hace mucho tiempo que la conozco, y ayer, al entrar en el Hipódromo, ¡zás!, con ella tropiezo. No lo pude evitar. Un saludo... dos palabras... una pequeña discusión sobre las cuadras...
ANITA. ¿Pequeña, y duró toda la tarde?
ERNES. Que si Cimera... Que si Toledo... que si «Port Etienne» quedaría colocado...; que si «Floridor» ganador... Que si ganador, que si colocado... Que me coloqué al lado de ella...
ANITA. En síntesis: que el colocado y el ganador fuiste tú y que la única que no salió ganando nada fuí yo, que me quedé toda la tarde en casa.
ERNES. Si hubieras venido...
ANITA. Desde hoy iré siempre.
ERNES. Por mí, encantado; pero, aunque no vengas, es igual. Yo te juro...
ANITA. ¿Me lo juras?
ERNES. Naturalmente.
ANITA. ¿Me quieres de verdad, Ernesto?
ERNES. ¡Y lo dudas, chiquilla!
ANITA. No; dudarlo, no. Al fin y al cabo, cuando nos conocimos, yo era una pobrecita. Claro que ahora soy una millonaria...
ERNES. ¡Millonaria! ¡Vales tú más millones!... Mañana mismo hablamos a tus padres y fijamos la fecha de la boda.
ANITA. ¿Tanta prisa te corre?
ERNES. Más que a ti.
ANITA. ¡Embustero!
ERNES. ¡Fea! ¿De dónde venías cuando entré?
ANITA. ¿Celos?... De compras, majadero. De casa del modisto.
ERNES. ¿Me perdonas?

CARL. *(Entrando y tosiendo.)* ¡Ejem, ejem, ejem!... ¡Eh! ¡Qué estoy yo aquí, preciosos!
ERNES. Carlos; perdóname. No te había visto.
CARL. Ya, ya lo había notado.
ERNES. ¿Cómo estás?
CARL. No tan bien como tú, pero, en fin..., vamos caminando.
ERNES. Bueno; lo dicho. A la noche vengo. Vamos todos a casa de Elvira... Supongo que vosotros vendréis también. Y Carlos, no digamos.
CARL. ¿Yo?
ERNES. Mis primas son terribles, chico. Me han insistido mucho para que te convenza a ti. Quieren que nos acompañes.
CARL. Si se empeñan...
ANITA. Voy a decir adiós a éste.
CARL. Por mí, como si quieres no volver.
ANITA. No le hagas caso, tonto.
CARL. Me parece que vais demasiado de prisa. En fin, allá vosotros; al fin y al cabo, cada loco con su tema... Fijaros que he dicho: «Cada loco»... *(Salen Anita y Ernesto.)*
ESPER. *(Entrando.)* Hola, hijo. ¿Y Anita?
CARL. Fué a despedir a Ernesto.
ESPER. ¿Tú no sales?
CARL. Sí, ahora saldré. *(Medio mutis de Carlos.)* Oye, mamá...
ESPER. ¿Qué?
CARL. Podrías darme...
ESPER. ¿Cuánto?
CARL. Cien pesetillas. Un compromiso... Unos amigos... Siento molestarte.
ESPER. Nada, hijo. Luego te las daré. Recuérdamelo.
CARL. Un beso, mamá. Adiós. *(Sale silbando.)*
ESPER. ¡Señor, Señor!... Si una pudiera transformarlo todo!... *(Se sienta a coser. Entra don Carlos.)*
D. CAR. Tengo que recibir varias visitas en este despacho...
ESPER. Cuando quieras me iré...
D. CAR. Estoy agobiado, lleno de preocupaciones...
ERPER. Carlos, ¿estás disgustado? ¿Qué te pasa, di?
D. CAR. Nada.

ESPER. Siempre acabo pensando lo mismo: he sido un entorpecimiento en tu vida. ¡Perdóname, Carlos!

D. CAR. No hables así. Ven... Acércate. Me has proporcionado mucha felicidad, y eso no se olvida en un instante. Son muchas mis preocupaciones. Sabes que me fué encomendado un cargo molesto y desagradable en que se manejan demasiados millones. Es pesadísimo el balance que debo hacer. Pesan sobre mí responsabilidades. No sé... No sé cómo saldremos de todo esto. *(Pausa.)*

ESPER. ¡Carlos!...

D. CAR. Y ahora, hablemos de cosas agradables. Dime: ¿están conformes los padres de Ernesto? ¿Están contentos ya?

ESPER. Anita me habló de ellos; pero... casi no hubo tiempo.

D. CAR. Conviene que no se divulgue la noticia. Trae consigo muchas responsabilidades el aceptar una fortuna de la que nadie se puede confesar el origen...

ESPER. No te preocupes más de esa idea... Ya sabes lo que hemos dicho a todos: un pariente lejano. No creo que haya que dar a nadie cuentas detalladas.

D. CAR. Sin embargo..., detalles pedirán. Mi cargo político, mi posición frente al Gobierno... Y esta fortuna insospechada... Es preciso ser cautos. Seguramente se precipitó Anita al decirle a Ernesto...

ESPER. ¡Era tan natural!...

D. CAR. Tú todo lo disculpas tratándose de ella.

ESPER. ¡Carlos!...

D. CAR. Perdóname. Estoy nervioso y disgustado. Tal vez sin razón... No des demasiado valor a lo que te digo. ¿Qué comentario hicieron respecto a la herencia los padres de Ernesto, su tía... su familia, en fin?

ESPER. Ningún comentario. La suma es demasiado considerable para meterse en averiguaciones.

D. CAR. Puede que tengas razón. Nuestra sociedad es menos escrupulosa que la de nuestros padres...

CARL. *(Entrando.)* Buenas tardes, papá.

D. CAR. Hola, hijo. ¿Dónde vas tan de prisa?

CARL. A mi cuarto. En seguida salgo, papá. Tengo que hablar contigo de asuntos importantes.

D. CAR. ¿Para mí o para ti?

CARL. Para los dos, quizá. *(Sale.)*

D. CAR. ¿Y ese hijo? ¿Qué pensará ese hijo?... Si me pregunta sobre ese enojoso asunto, ¿qué podré decirle? ¿Qué podré responderle?...

ANITA. *(Entrando.)* Buenas tardes, queridos padres. ¿De conciliábulo, quizá?

D. CAR. Quizás... Quizás de conciliábulo... Pero contigo no hay secretos. ¿De dónde vienes tú?

ANITA. ¿Yo? Ahora, de despedirme de Ernesto; antes... Os vais a reír de mí y a pensar: «¡Es una nueva rica!»... Del modisto. ¡Qué preciosidades! ¡Qué modelos!... ¡Y baratísimos, mamá! ¡Un traje de crepé «Georgette» negro!... ¡Un sueño de vestido!... ¡Un traje de noche de una elegancia! Total, mil seiscientas pesetas. ¡Regalado! Yo creía que me pedirían tres o cuatro mil... ¡Regalado, papá!... ¡Y dos trajecitos de mañana! Uno «beige» y otro gris... ¡Más monos!... A seiscientas cada uno. ¡Ya ves! Vengo admirada del modisto. ¡Es un encanto! ¡Un verdadero encanto! ¡Ah!... Soy feliz; soy la criatura más feliz de la tierra. Aun no he cobrado un céntimo; pero... esto de tener un talonario de cheques... y una cuenta corriente y dos millones... ¡Dos millones y medio!... Hoy, al despertar, fué lo primero que pensé. Pero ¿será posible?... ¿Yo millonaria?... Automóviles, trajes, joyas, hoteles..., viajes... Y todo vino a mi imaginación con tal fuerza que me tiré de un salto de la cama y... ¡Bueno! ¡No sé lo que me digo!... Me digo que estoy muy contenta, nada más. Dejadme que os bese. ¿No lo estáis vosotros?...

D. CAR. Sí, hijita. ¿Cómo no estarlo al verte a ti dichosa?...

ANITA. Comprenderás, que ya se han acabado los malos ratos. ¡Oh! Eres el padre de una millonaria... Eres millonario... Porque de esto no habíamos hablado... Como no hemos tenido un

instante para estar a solas... ¡Ah!... Pero... os lo advierto: no toco un céntimo hasta que no hayáis aceptado un pequeño regalo.

ESPER. ¿Cómo?... ¿Un regalo?

ANITA. Naturalmente. Quinientas mil pesetas a cada uno... Si no recuerdo mal, son dos millones seiscientas mil pesetas lo que he heredado. ¿No es esto?

D. CAR. Justo: esa es la cantidad.

ANITA. Pues, yo... para ser millonaria, no necesito más que un millón. Un millón de pesetas justos. Lo demás es muy complicado. Hay que ver lo que hay que trabajar para sacar las cuentas y averiguar el tanto por ciento de tanto dinero. Os regalo quinientas mil pesetas a cada uno. *(A Esperanza.)* Quinientas mil pesetas a ti, para... para tus cosas... Un auto... brillantes... Para tus cosas... *(A don Carlos.)* Otras quinientas mil a ti... Para...

D. CAR. Basta, hija mía. Agradezco en el alma tu ofrecimiento generoso, desinteresado, y que nos demuestra una vez más tu bondad y tu cariño... Pero..., es inútil que insistas. Ese dinero es tuyo; tuyo exclusivamente, y, como padre y como jefe de esta familia, te prohibo que trates de repartirlo entre nosotros. Te lo prohibo.

ANITA. Está bien, papá. Pero con mi dinero, puesto que es mío, y esa fué la voluntad de mi padrino, nadie me evitará hacer lo que me plazca. Quiero, ¿me entiendes bien?, quiero compartirlo con vosotros; quiero gozar de él en vuestra compañía... Y a esto, ni tú ni nadie ha de poder negarse... A menos que...

D. CAR. ¿Qué? Continúa. ¿Qué ibas a decir?

ANITA. A menos que... ese dinero... procediese de alguien a quien vosotros odiaseis.

D. CAR. El odio no anidó jamás en nuestro pecho...

ESPER. ¡Carlos!

D. CAR. Vive feliz con tu dinero, procura comprarte con él mucha felicidad. Tanta, que te dure para toda la vida.

ANITA. ¡Papá!... ¡Papá! No me hables así. No me hagas pensar que ese dinero no sirve sino para

distanciarme de voostros, porque, entonces, me haríais maldecir de ser millonaria. No me hagas pensarlo; te lo suplico.

CARL. *(Entrando.)* Hola. ¿Estás tú aquí, princesa del dollar?

ANITA. ¿Te burlas?...

CARL. No, mujer. ¡Cualquiera se burla de una millonaria!...

ANITA. ¿Te alegras?

CARL. Naturalmente que me alegro, chica. ¿Es que crees que yo... tengo espíritu envidioso? Yo me felicito de tu fortuna y estoy dispuesto no sólo a felicitarme, sino a que me facilites, si es preciso...

ANITA. Cuenta con la mitad.

CARL. Eso, tampoco. Es tuya...; pero... tus comodidades, ¿qué duda cabe que serán las mías y las de todos?... Naturalmente que sí... Pues ¡no faltaba más... Déjame que te bese y que te abrace. ¡Mi hermana, la señorita millonaria..., la del padrino generoso!... ¡A ver, a ver, periodistas! ¡Una información, una interviú en seguida!...

ANITA. ¡Tonto!... ¡Tonto!... ¡Uf! Pero... ¡Si es tardísimo!... Anda, mamá, date prisa, mujer... Tenemos que ir a muchos sitios. Necesito que me acompañes al abogado, al procurador, al Banco, a la Bolsa... ¡Uf! Esto de ser millonaria es mucho más complicado de lo que parece a primera vista.

CRIA. *(Entrando.)* Las señoritas Pily y Mily Sangronis...

ANITA. ¡Oh! Que pasen, que pasen en seguida... *(Entran Pily y Mily.)* ¡Qué sorpresa! ¿Cómo estáis?

PILY. Encantadas, chica. Don Carlos... Carlitos... Esperanza... ¡Anita, chica, déjame que te bese!...

MILY. Y a mí que te abrace... Que sea enhorabuena. Nos enteramos anoche, ¿sabes? Y, naturalmente, nos ha faltado tiempo.

PILY. ¡Chica! ¡No puedes figurarte! ¡Nos hemos alegrado horrores! ¡Lo que se dice horrores!

MILY. Eres el colmo de la suerte... Bueno, yo... como si fuese cosa mía. Puedes creerlo.

ESPER. Pero sentaros...
MILY. ¡ Oh, no ! Imposible. Tenemos abajo el coche y mamá dentro... Si venís con nosotras os dejamos donde queráis...
PILY. Mamá está emocionadísima. Anitín dueña de una fortuna... ¡ Con lo que te queremos todos en casa ! ¡ Figúrate !
ANITA. ¡ Ni que decir tienes !
PILY. Era lo lógico. Una muchacha como tú no ser millonaria. ¡ Qué contradicción ! Ahora sí que debes cotizarte. ¿ Dejarás a Ernestito? Es natural.
ANITA. ¿ Por qué? No he pensado en semejante cosa.
MILY. Pues entonces habrá que darle la enhorabuena también a doña Julia... ¡ Chica ! ¡ Qué suerte la de Ernesto !... Don Carlos... ¡ Ni que decir tiene ! A usted también debemos felicitarle. Y a ti, Carlitos...
CARL. A mí también. ¡ No faltaba más !...
PILY. ¡ Chico !... ¡ Has subido de cotización !
MILY. ¡ Y que lo digas !... Con ese tipazo, y con una hermana millonaria, hay que picar muy alto.
CARL. ¿ Muy alto, muy alto?
MILY. ¿ Si quieres que yo te señale hasta qué altura?
CARL. No, agradecidísimo, pero me la supongo...
D.ª ES. *(Entrando.)* ¡ Hijas mías ! ¡ Que se nos hace tardísimo !... ¡ Querida Esperanza !... ¡ Querido don Carlos !... ¡ Querido Carlitos !...
CARL. Señora...
D.ª ES. No pensaba subir, porque éstas no son horas de visitas, pero, ¡ estas niñas tardaban tanto !...
ESPER. ¡ Por Dios ! Encantados de saludar a usted.
D.ª ES. ¡ Anita ! ¡ Hija mía !... Recibe mi felicitación. Estamos conmovidas ante tu suerte... Las de Ródenas nos dijeros que seis millones... Las de Millán, que cuatro... Y las de Rebaja, que dos... Sean dos, sean cuatro, sean seis, ¡ mi enhorabuena !... Lo importante es que has heredado. Millón más, millón menos, no hace al caso. Yo, como no soy curiosa, no me quise meter en averiguaciones... *(Con misterio.)* Ahora, en confianza: ¿ fueron dos?... ¿ Fueron tres?... ¿ Fueron cuatro?...
PILY. Mamá, es tardísimo...
D.ª ES. Es verdad, hijita. ¡ Uf ! No tiene una tiempo para

nada. Para nada, Esperanza. Luego estas hijas la llevan a una de acá para allá... ¡ Oh ! *(A Anita.)* Ah ! ¡ Es un sueño, chica ! Ahora me contarás detalladamente... ¿Fueron dos?... ¿Fueron tres?...

ANITA. Pues, verá usted...

MILY. Mamá, por Dios, no te distraigas más... Véngase con nosotros, Esperanza...

ESPER. Imposible, querida. Pero... No se vayan ustedes así, tan de prisa... Pasen ustedes por aquí...

ANITA. ¡ Ah, sí !... Pasar a mi alcoba ; veréis qué de cosas...

ESPER. Por aquí, por aquí, señora...

PILY. Don Carlos... Carlitos... y... repito mi enhorabuena.

ANITA. Venir... Os contaré detenidamente. *(Salen Pily, Mily y Anita.)*

D.ª ES. Repito, don Carlos : lo importante es eso, y más para las chicas. Sin dote, ya se sabe, es muy difícil colocarlas. Ya ve usted las mías... Tienen lo suyo, y... como si nada. ¡ Y tienen lo suyo, usted ya sabe que tienen lo suyo !...

D. CAR. ¡ Por Dios, señora ! ¡ Ni que decir tiene !

ESPER. Vamos, doña Escolástica.

D.ª ES. Vamos, hijita. Quedamos, entonces...

CARL. En que tienen lo suyo...

D.ª ES. ¡ Este Carlitos !... Hasta la vista, Salcedo... Hasta la vista, Carlos... *(Salen.)*

D. CAR. ¡ Qué tarabilla !... ¡ Qué alegría tan dislocada... y... qué amabilidad tan poco natural !

CARL. Reconoce, papá, que no es para menos.

D. CAR. ¿Que no es para menos?...

CARL. Oye, papá. Tengo que hablar contigo de algo desagradable.

D. CAR. Esperaba, presentía una mala noticia... Habla, hijo mío. ¿Qué es ello? Se murmura de mí, ¿no es eso?...

CARL. Eso, sería lo de menos... Primeramente..., entre tú y yo, de un tiempo a esta parte, se ha roto la cordialidad, la intimidad que siempre reinaba. No parecemos ya los mismos de siempre...

D. CAR. Eso, son cosas tuyas... Estos días estuve muy ocupado...

CARL. No, papá, no es eso. Entre tú y yo se alza un obstáculo.

D. CAR. ¿Un obstáculo?...

CARL. Sí. Un secreto..., un secreto tuyo, del que no me has querido hacer partícipe.

D. CAR. Te aseguro que no...

CARL. Basta. Yo sé que sí, y respeto tus razones.

D. CAR. Y bien haces en respetarlas. Por mucha confianza que exista entre padres e hijos, nunca falta un detalle, un incidente, del que no pueda hablarles nunca.

CARL. ¿Aunque los hijos sean comprensivos, modernos y fáciles al perdón?

D. CAR. Aunque así sean.

CARL. ¿Aunque sepan disculpar ciertos manejos, en los que se mezclan ciertos señores de Barcelona?

D. CAR. ¿Qué quieres decir?...

CARL. Nada, papá; te lo aseguro. Nada quise decir, y, si te pones en ese tono, mucho menos aún.

D. CAR. En tus palabras he visto reflejada la sospecha, la absurda y ofensiva sospecha que recae, por las apariencias, sobre el hombre honrado... sobre el padre bueno, que sacrificó siempre, a su apellido y al de sus hijos, todo, ¿entiendes?, ¡todo! Ambiciones, codicia, vanidades..., todo. Esto, no lo olvides, Carlos. No lo olvides jamás.

CARL. Querido, papá, ¿vamos a ser sinceros?...

D. CAR. Vamos a serlo.

CARL. La gente sabe que mi hermana ha heredado dos millones y pico de pesetas..., pero sabe también que tú tienes en tu mano las cotizaciones de varias sociedades...

D. CAR. ¡Carlos! ¡Hijo mío!...

CARL. No le tengas miedo a las palabras. Tú eres un hombre a la moderna, papá...

D. CAR. No te comprendo. No alcanzo a donde vas a parar...

CARL. La herencia de mi hermana, no es de muy clara procedencia. Ni aun a mí mismo, ni aun a ella, se le dieron antecedentes y detalles. ¡Es tan extraño todo esto!...

D. CAR. Sí, en efecto. Es extraño, muy extraño, pero no es nada, ¿entiendes?, nada de lo que tú supones.

CARL. Yo no supongo nada, papá. Me has hablado en un tono que no admite dudas. Sé que tú eres un hombre honrado, incapaz de manchar tu apellido... Además, no sería lógico... De hacerlo así, lo hubieses hecho por los dos..., no por ella solamente. ¿No es cierto?

D. CAR. No lo hubiese hecho por ninguno.

CARL. Conformes. En ese caso, ¿qué misterio es el que rodea a ese testamento y a esos millones que hoy coge en posesión Ana María?... ¡Respóndeme!

D. CAR. Si ella no me pidió explicaciones al aceptarlos, ninguna tengo que darte a ti.

CARL. Ella es una chiquilla. Como mujer es menos reflexiva que yo, y más crédula. Le pareció verosímil cuanto le contásteis... y, sin dudar ni un instante siquiera, aceptó su nueva posición en la vida con un gesto muy norteamericano, muy divertido y muy cómico. Como si se tratase de una broma deliciosa. Pero yo, no. Yo no puedo tomarlo a broma. Yo no quiero andar en lenguas de la gente y ser el blanco de las murmuraciones sin conocer la causa para poder responderles como se merecen o para poder reírme, también, de todos. Exijo la verdad.

D. CAR. Nadie eres para exigir... Hasta hoy, fuiste el camarada, el amigo de tu padre. En este instante, eres el hijo y te mando que calles, que me respetes y que respetes mi silencio.

CARL. Papá...

D. CAR. Tus opiniones sobre el dinero y la felicidad de tu hermana me hicieron decidirme a aceptar, en nombre de ella, esa herencia maldita...

CARL. ¿Maldita? ¿Por qué?

D. CAR. Porque ella ha traído a esta casa la intranquilidad y el desasosiego de todos y ha despertado en ti una duda que me ofende, que me hiere, que me empequeñece... Tu duda es el reflejo de la duda de todos. Mi crédito social y político de hombre honrado a carta cabal... andará desde hoy de boca en boca. ¡Sí! Lo sé. Me lo ha dicho tu desconfianza; la tuya. Y yo no diré nunca, ¿me

oyes?, nunca, nada que no deba decir; nada que sea un secreto que me pertenece... Ya lo sabes, Carlos. Si es esto lo que te interesaba saber, óyeme bien: Puedes cruzar la cara de quien me ofenda, porque me ofende sin razón. ¿Lo oyes? Sin razón...

CARL. ¡Papá!... ¡Papá!... ¡Perdóname!...

D. CAR. No te perdono, Carlos, no te perdono. Has dudado de mí, me has ofendido, y esto no te lo perdono, hijo mío. No puedo perdonártelo.

CARL. Dame un beso siquiera.

D. CAR. ¿Cómo no dártelo, hijo mío, si eres lo que más quiero en el mundo? Por eso me ha dolido tanto tu duda. Pero... ¡perdonarte!... No, no te perdono, Carlos. No te perdono. *(Hace mutis visiblemente conmovido.)*

CARL. *(Solo.)* Pues, señor. ¡Está bien! Quise acercarme a él y juraría que me he distanciado.

ANITA. *(Entrando.)* ¿Qué le dijiste a papá?... Va disgustadísimo... Di, ¿qué es lo que le dijiste?

CARL. Cosas, Anita, cosas... de las que tú no puedes enterarte...

ANITA. ¿Por qué no he de poder? Nunca dejaste de contármelo todo.

CARL. Tampoco tuvo él secretos para mí hasta hoy, y, sin embargo, desde hoy existirá entre los dos un secreto para toda la vida..., un secreto que nos separará siempre.

ANITA. ¿Y qué secreto es ese?

CARL. No lo puedo decir...

ANITA. ¿Acaso?

CARL. ¿Qué?

ANITA. ¿Acaso mi herencia?

CARL. Anita, te suplico que no hablemos de eso...

ANITA. ¡Oh, no! Eso, tampoco. ¿Es eso?... Respóndeme, ¿es eso?

CARL. ¡Anita!...

ANITA. Sí, es eso. Yo también quería hablarte de ello. ¿Acaso papá hizo algún sacrificio por mí, que no debía hacer?... Respóndeme, Carlos; háblame con toda claridad. ¡Te lo suplico, Carlos!... ¡Respóndeme! ¿Es eso?

CARL. ¿Crees tú que yo lo sé?... Escúchame, Anita. Te he querido siempre como un buen hermano. Te he deseado siempre todo género de satisfacciones...

ANITA. Lo sé..., no es preciso que me lo digas.

CARL. Anita: en tu herencia existe algo misterioso y extraño; algo que dará origen a la murmuración... Es preciso que hablemos con ese señor Roca, que te explique los motivos que impulsaron a ese pariente para que procediese de ese modo, dejándote esa considerable fortuna.

ANITA. ¡Oh, sí!... ¡No sabes cuánto te agradezco lo que me dices! ¡Ahora empiezo a comprender! Acaso los negocios de nuestro padre... El, por hacerme dichosa, no sabiendo cómo justificarse..., de acuerdo con ese señor Roca... ¡Ah!

CARL. No. No fué eso. He hablado con él, y no fué eso. Tengo fe en papá. El me ha dado su palabra de que eso no fué.

ANITA. ¿Entonces?...

CARL. Esto es lo que no acierto a comprender. Este es el misterio. Pero nosotros, tú, mejor dicho, no puedes aceptar ese dinero sin saber claramente...

D. CAR. *(Que escuchó las últimas palabras, entrando.)* ¡Carlos! Eres más irreflexivo y más desobediente de lo que yo creía... Te prohibí que hablases más de esto.

ANITA. Papá, yo agradezco a Carlos... Cumplía con un deber...

D. CAR. Vuestro deber es obedecerme. ¿Es que no os dí pruebas sobradas para que ahora perdáis la fe en vuestro padre?...

ESPER. *(Entrando.)* Carlos... ¿Qué dices?... ¿De qué hablas con tus hijos?... ¡Acaso!...

D. CAR. ¡Calla!... *(A Anita.)* Y tú, ven aquí. Ese dinero que has heredado, ¿entiendes?, «heredado... es tuyo», absolutamente tuyo, porque te pertenece... y si la gente piensa otra cosa, que piense lo que quiera. La gente, lo que quiera; tú, no. Tú, que eres mi hija, tienes el deber, la obligación de creer en tu padre, y tu padre te dice: Ese dinero es tuyo, tuyo..., pese a quien pese.

ANITA. Sin embargo, papá..., es justo que reclame más detalles...

D. CAR. ¿No te basta con mi aprobación?...

ANITA. ¡Papá...

D. CAR. Ya hemos discutido bastante. Nada más tengo que hablar con vosotros.

CRIA. *(Entrando.)* Señor. El señor Roca acaba de llegar.

D. CAR. Bien. Dígale usted que pase. Y ahora dejadnos, os lo ruego. Tenemos vuestra madre y yo que hablar a solas con ese caballero. Os ruego que nos dejen. Carlos, acompaña a tu hermana. *(Carlos y Anita salen en el momento en que, por el foro, aparece el señor Roca.)*

ROCA. ¡Querido señor Salcedo !... ¡Querida señora !...

ESPER. Pase, pase usted. Tenga la bondad de sentarse.

ROCA. Vengo de despedida ; esta misma tarde me ausento de Madrid, regresaré de Barcelona y les entregaré todos los documentos. Ahora quisiera saber noticias de Ana María. ¡Saber noticias de nuestra heredera !...

D. CAR. Malas noticias puedo dar a usted.

ROCA. ¿Malas noticias, dice?

D. CAR. Sí, desgraciadamente, malas noticias. Los millones que usted trajo a esta casa, sólo han servido para sembrar discordias y discusiones. Yo sabía que ese dinero no podía servir para nada bueno y noble, porque no ignoraba su procedencia... Mis amistades murmuran... La gente no encuentra aceptable la explicación de la herencia, y alguien se ha permitido dudar de mí y hasta afirmar que todo esto era un chantage disimulado...

ROCA. Supongo que usted estará al margen de esas afirmaciones.

D. CAR. Siempre hacen daño, y más cuando son los propios hijos los que dudan de nosotros...

ROCA. ¡Bah ! Todas estas son cosas del instante. La vida pasa y pasa el tiempo, borrando todo lo pasado... y los millones quedan.

D. CAR. Es usted demasiado indiferente... Demasiado calculador.

ESPER. ¡Carlos !... Discúlpele usted. ¡Hemos sufrido tanto !...

ROCA. Por Dios, señora. El pasado se borra en un instante, repito. Bueno. El objeto de esta visita era decir adiós a ustedes. Ya está cumplido... Pero se me olvidaba un pequeño detalle. ¿Podría usted firmarme este recibo?

D. CAR. Permítame. Sí. ¿Por qué no? ¿A qué volverse atrás? ¿Aquí?

ROCA. Sí, aquí. Reconocidísimo. *(Despidiéndose nuevamente.)* Señora... *(A Salcedo.)* Don Carlos... Lo dicho. Deje usted pasar el tiempo, y no se disguste, don Carlos, no se disguste usted, que nada lo merece. Adiós, señor Salcedo. Adiós, señora...

D. CAR. Esperanza, acompaña al señor Roca, haz el favor.

ROCA. ¡Por Dios, señora! No se moleste usted. De ninguna forma. Adiós, adiós. *(Mutis.)*

D. CAR. ¡Esos hijos!... ¡Dudan de mí! Soy demasiado bueno, demasiado cobarde. Y tú..., demasiado egoísta.

ESPER. ¡Carlos!... ¿Egoísta yo?

D. CAR. Sí. Con tal de que tu hija sea feliz, lo sacrificas todo.

ESPER. ¡Oh! ¡Calla! No. Eso, no. Yo misma le diré... Yo misma le confesaré la verdad... si es preciso. Estoy dispuesta a decirle la verdad.

D. CAR. ¿La verdad?... ¿Confesarle tú la verdad?... Te lo prohibo. Pero, ¿es que te crees dueña de tu secreto? ¿Es que crees ahora, después de veinte años de creerme su padre, su verdadero padre, vas tú, en un instante, a romper su creencia para salvar su duda?...

ESPER. ¡Carlos!

D. CAR. Basta. Callarás, callarás por todo, y porque nuestro hijo, hijo..., «el mío», necesita tener fe en su madre y amar a una madre que creyó siempre digna de todos sus amores.

ESPER. Pero... por creer en mí, deja de creer en ti... ¡Duda de ti! ¡Duda de su padre!...

D. CAR. ¡Qué importa!

ESPER. ¡Carlos! ¡Me da pena de ti! Me da pena verte sufrir. Veinte años de paz sin que el pasado nos trajese recuerdos desagradables, casi habían borrado de tu imaginación pensamientos que ahora te torturan...

D. CAR. Puedo, sin embargo, sobrellevarlos. Yo era feliz, muy feliz en este hogar ; no me han faltado mil preocupaciones diarias, pero eso es la vida : lucha ; y el pensar que luchaba por vosotros, me compensaba y me animaba. Hoy es distinto. En este instante siento abatimiento y tristeza.

ESPER. ¡ Carlos ! ¡ No digas eso !

D. CAR. ¡ Ese hijo !... ¡ Ese hijo mío !...

ESPER. ¡ Carlos !

D. CAR. Basta. Por él haré cuanto sea preciso. Por él sería yo capaz de todos los sacrificios. Es mi debilidad. Tú bien lo sabes. Cuando nos sentamos a comer el día que él por cansancio o por algún disgusto no come con apetito, ya me quedo sin comer, y me disgusto y me preocupo. Cuando alguna noche viene tarde a dormir, yo no duermo hasta que oigo sus pasos. Cuando tiene una alegría y me la cuenta, su alegría es mi alegría, como son sus penas las mías. ¡ Chocheces !... Sí, sé lo que piensas, rarezas y mimos y sensiblerías de padrazo y de viejo... Pero él siempre me fué leal ; nunca dejó de contármelo todo. Jamás hasta hoy dejamos de decirnos todo. ¡ Todo ! ¿ Comprendido? Figúrate cuál será mi dolor de hoy... Hoy...

ESPER. ¿ Qué?

D. CAR. Hoy, a través de una discusión, ha nacido la mentira..., la falta de sinceridad... Pero yo inventaré una solución para que todo esto se acabe. Yo me sacrificaré, si es necesario.

ESPER. Pero, ¿ también en esto te has de sacrificar?

D. CAR. Sí, pero esta vez no es por ti por quien me sacrifico. Esta vez es por él. Callo por él... ¡ Por él, sí, por él !... Que un hijo no crea en su padre, importa, sí—¡ ¡ importa mucho ! !— ; pero que no crea en su madre, en la que le dió el ser y es carne de su carne y honra de su padre, importa más, ¡ mucho más !... ¡ Mucho más todavía ! Y mi hijo creerá en ti..., aun a costa de mi propia fe. ¡ Yo te lo garantizo !

TELÓN

ACTO TERCERO

El mismo decorado de los actos anteriores. Al levantarse el telón, estarán en escena Pily y Mily, doña Escolástica; después, Anita y Esperanza.

PILY. Espera un instante más, mujer. Ha dicho el criado que no tardarían en salir.

MILY. El criado es muy embustero.

PILY. Eso. En esta casa, no es extraño. Lo son todos. ¡Unos trapisondistas!

MILY. Es hereditario.

PILY. Bien está que te metas con ellos, pero con sus antecesores, me parece excesivo.

D.ª ES. Silencio, hijas mías, que las paredes tienen oídos.

MILY. Por Dios, mamá, eres policíaca. La verdad ante todo. Yo, si tengo interés en tratarla, es por lo que es. Conviene que la vean a una con amigas de posición, y, al fin y al cabo, aunque sea llovido del cielo...

PILY. ¿Del cielo, o del infierno?

D.ª ES. ¡Niñas, niñas! Que oigo pisadas clandestinas.

MILY. ¡Por Dios, mamá! ¡Si se puede decir a los cuatro vientos! ¡Aquí han hecho un enjuague de los gordos!

D.ª ES. Sois demasiado audaces.

MILY. Pero, ¿no nos dijiste en casa que don Carlos era de los de la uña larga, mamá? ¿No me dijiste a mí que lo del dinero era un chanchullo?

D.ª ES. Sí, hija mía; te lo dije. Te lo dije a ti, pero en secreto... y... en casa. A mí esas cortinas me dan mucho miedo.

PILY. Siempre eres igual. Lo importante, al fin y al cabo, es que son ricos, y que Anita tiene en proyecto, con nosotras, muchas cosas interesantes. Si el dinero viene de un tío o de un primo, a mí me es lo mismo.

D.ª ES. Silencio. ¡La cortina se mueve!

ESPER. *(Entrando.)* ¡Queridas mías! ¡Doña Escolástica! Anita, mira quién está aquí.

ANITA. *(Entrando.)* ¿Vosotras? Perdonadme. Si no he

salido antes, es porque ignoraba que fuéseis vosotras.

MILY. Te estábamos echando mala fama. ¿Verdad, mamá? Con franqueza. ¿Verdad que le estábamos echando mala fama?

D.ª ES. No. No hagas caso, Anita.

PILY. Anita, venimos tan temprano porque es urgentísimo. Estamos invitadas al té de la Embajada, ¿sabes?

ANITA. ¿Por fin?

PILY. Por fin. Supongo que vendrás.

ANITA. ¿Cómo no? ¿Qué día es?

MILY. Mañana.

ANITA. Contad conmigo.

MILY. Es preciso contestarles y decirles que reserven una invitación para ti.

ANITA. Y... otra para Ernesto, ¿no?

MILY. ¡Uy! ¿También Ernesto? Te aburrirás si vas con él. Los novios en los bailes no son plan.

PILY. En absoluto. ¡Qué horror!

ANITA. Yo, en ese caso, soy un poco menos moderna que vosotras.

MILY. Esperanza, es preciso convencer a esta criatura.

ESPER. Yo pienso como ella.

MILY. No es extraño en usted..., pero en ella...

D.ª ES. Por Dios, hijas mías. Sois demasiado entrometidas. Lo de Anita es noviazgo formal.

PILY. Más formal es el de Mariana Marichalar, y, sin embargo, ya lo ves: va sola, y baila con todos.

ANITA. ¿Y el novio?

MILY. Encantado. Es un chico de hoy: moderno y despreocupado, y de una gran familia. Tiene dehesas en Córdoba...; reses bravas. Un señorito andaluz..., pero... de hoy. Sabe ponerse a tono.

D.ª ES. ¡Estas hijas mías! ¡Qué chicas, Esperanza! Nosotras somos de otra manera. Y eso que mi esposo ha sido siempre celosísimo. Ya ve usted, porque Zaldívar bromea conmigo siempre que me ve, ¡le ha tomado un odio al pobre Zaldívar, que yo, cuando me lo encuentro, como si no lo conociera! Y es que, con nosotras, es peor, porque los de nuestra generación saben latín, Esperan-

za. ¡ Hay por ahí cada castigador—como dicen ahora—de la época de Goicoechea !...

PILY. ¡ Por Dios, mamá !

D.ª ES. Estas se empeñan en que son cosas mías... Se lo juro a usted, Esperanza : los de mil ochocientos setenta y cinco, ¡ la miran a una de un modo ! Y... es lo que yo digo : ¿qué tendrá una? Porque los años no pasan en balde.

ESPER. ¡ Por Dios ! Usted está más joven cada día.

D.ª ES. ¡ Ca ! No lo crea usted. En confianza : me quita usted la Nieve Hazeline, el maquillado, la manzanilla oxigenada y el corsé faja, y no soy mi sombra.

ESPER. ¡ Por Dios ! Exagera usted. Nadie diría...

D.ª ES. No exagero, hijita. Quisiera que me hubieses conocido en aquellos tiempos de los jardines del Buen Retiro, cuando los saraos de Roca Togores y los tresillos de Villamediana. Entonces sí había línea y esbeltez y lozanía... y cinturita... No éstas de hoy, que parecéis tubos... ¡ Aquellos escotes ! ¡ Aquellas faldas de cola ! ¡ Aquellas plumas de marabú ! ¡ Y aquellos bigotes de nuestros pretendientes ! ¡ Y aquellos «manferlands», y aquellos coches de caballos, y... !

PILY. Basta, mamá. No evoques más. Te pones triste y te descompones.

D.ª ES. ¿Me descompongo? No hablemos más. Todo antes que descomponerme. No hablemos del pasado. Vamos, hijitas, vamos. Que estas conversaciones me encocoran. Es lo que yo digo : ¡ Vieja ! ¡ Vieja ! Sí ; pero ¡ ya quisieran estas pavisosas tener el trasteo de nuestros veinte abriles !...

ESPER. ¡ Y que lo diga usted !

D.ª ES. Hasta la vista, Esperanza. Adiós, hija.

PILY. ¿ Quedamos en que dos?

ANITA. Dos, sí. Dos invitaciones. *(Mutis todos.)*

ANITA. *(Entrando con doña Esperanza.)* ¡ Son de película ! ¡ Esa señora presumiendo de joven !

ESPER. ¿Y tú, por qué las tratas?

ANITA. Porque sí, mamá. Porque son temibles como enemigas. Nadie me quita la satisfacción de ver cómo ahora me buscan, y antes me despreciaban y me

huían. ¡ Bah ! Es lo mismo. Lo importante es que ahora soy feliz, ¡ muy feliz ! Nada ambiciono que no tenga. ¿Verdad que son preciosos los bolsos? ¿Verdad que lo son?

ESPER. Sí, hijita ; son preciosos. Todo, todo lo que has comprado. Pero gastaste demasiado. Sobre todo, en esos regalos.

ANITA. ¡ Tenía tantas ganas de que tuvieses uno que fuera igual al mío !

ESPER. Me parece excesivo.

ANITA. ¿Excesivo? Pero ¿te olvidas de que todo eso, para mí no significa nada?

ESPER. Es demasiado, repito. Pronto te casarás, y necesitas guardar tu dinero para entonces. Ya sabes que Julia no omite detalle. Es preciso ponerse a tono.

ANITA. Sí, mamá ; pero ahora déjame gozar de mi dinero. ¡ Hace tan pocos días que lo disfruto ! Me pasa con él lo que a los niños con los juguetes nuevos. Todo es usarlos, y enseñarlos, y...

ESPER. ... romperlos.

ANITA. Eso los niños malos. Los niños buenos guardan sus juguetes, y gozan enseñándolos a otros niños y jugando con ellos. Así con mi dinero gozo, al verlo reflejado en vosotros, que sois la realidad de ese dinero. ¿Comprendes?

ESPER. Sí, lo comprendo, pero...

ANITA. Basta de peros. Os creía un poco menos escrupulosos. A Carlos le sucede lo mismo ; se obstina en no admitir mis regalos. Tuvo el orgullo de rechazármelos.

ESPER. El orgullo no ; la dignidad, quizá.

ANITA. Pues si mi dinero no sirve para haceros los regalos que ambicionábais, y para contemplaros felices... Aun no pude hacer con él nada de cuanto lógicamente se me había de ocurrir al poseerlo. Lo primero, ¿qué habrá de ser? Ponerlo a disposición de papá. Más tarde, ¡ no sé ! Pienso en mí misma, me rodeo de caprichos y de lujos, y, al ponerlos sobre mí, me parece que contrastan con vuestra sencilla indumentaria. Yo, un abrigo de pieles de marta, y tú, uno de nutria modesto

y reformado. Yo, los modelos del modisto francés, y tú, los trajecitos sencillos de la modista de toda la vida. Algún detalle, un bolsillo de cocodrilo, unos guantes de Freddys, un frasco de perfume caro, y mi hermano que fuma pitillos baratos, por no tener dinero para comprar los que le gustan, y papá que baja a pie hasta el ministerio, por no gastar en el «taxi» lo que yo gasto en una barra de carmín. ¡Oh! ¡No, no! Todo esto es injusto; todo esto me molesta, me atormenta y me humilla.

ESPER. Exageras, mujer. Gracias a Dios, de nada carecemos. Al contrario: de un tiempo a esta parte, los negocios marchan mejor; si no gastamos más, es... te reirás de nosotros, porque estamos ahorrando.

ANITA. ¿Ahorrando vosotros?

ESPER. ¿Qué quieres, hija mía? También en eso nos diste un poquitín de envidia. No llegaremos a millonarios, pero... nunca está de más pensar en mañana.

ANITA. Mientras yo viva, nada ha de faltaros.

ESPER. Lo sé, Anita, hija mía; lo sé. Y ahora créeme. goza plenamente de tu dinero, cómprate cuanto se te antoje, sin pensar en nosotros. Nosotros somos ya viejos; somos ya de otros tiempos, y aunque tuviésemos, no lo gastaríamos en esos caprichos caros, propios de vosotras, las muchachas de ahora.

CARL. *(Entrando.)* Hola.

ANITA. Hola, Carlitos.

ESPER. Yo os dejo, hijos míos. Si hemos de salir luego, será preciso que me arregle un poco. Hasta luego, Carlos.

CARL. Hasta luego, mamá. *(Mutis Esperanza.)*

ANITA. ¿Qué? ¿Se arregla lo tuyo?

CARL. No.

ANITA. ¿No se arregla?

CARL. No se puede arreglar. Existe una oposición decidida por parte de la familia de Pilar. Oposición que no me explico. He pedido una aclaración, y no han sabido o no han querido dármela. Es un

poco extraño todo esto. Ahora mismo vengo de Pidoux. Estaba citado con Alberto y Pepín. Ellos también están un poco sorprendidos.

ANITA. Carlos, yo estoy dispuesta a ayudarte en todo.

CARL. Gracias, Anita, pero tú bien poco puedes ayudar.

ANITA. ¿Callas?

CARL. ¿Qué más puedo decirte?

ANITA. Yo también soy desgraciada, Carlos.

CARL. Haces mal en serlo. Todo se ha arreglado convenientemente para que no lo seas. Ya nadie murmura de nosotros. Tu herencia es cosa sabida y aceptada por todos.

ANITA. Por todos, no.

CARL. ¿Por quién no lo es?

ANITA. Por ti mismo.

CARL. ¡Qué cosas dices! Sabes que no es cierto lo que acabas de afirmar.

ANITA. Sí lo es, Carlos. Tú eres el mismo del primer día. Las palabras de papá no han servido para tranquilizar tu conciencia.

CARL. Eso no es cierto, repito.

ANITA. Prueba de ello es tu conducta. Rechazas todo lo que viene de mí.

CARL. Eso no es verdad.

ANITA. Sí lo es.

CARL. Pues si lo fuese, sería a costa de mil sacrificios.

ANITA. Eso es lo que me duele.

CARL. Yo no tengo la culpa de ser así. Es mi carácter. Discúlpalo, mujer.

ANITA. ¡Carlos!

CARL. Está bien, Anita. No discutamos más.

ANITA. Hasta luego, Carlos.

CARL. Hasta luego. *(Mutis Anita.)* Pues señor, estoy rendido, verdaderamente cansado. ¡Ah! Esta vida, indudablemente no es para llegar a viejo. *(Se sienta en un gran butacón de respaldo alto.)* Esta butaca es algo serio. Comprendo a papá después de las comidas. Se sienta aquí, de espaldas a todo, y de cara al sol, y se duerme como un bendito. ¡Ah! Estoy que no me tengo. ¡Ajajá! Y ahora... a dormir... *(Pausa larga.)*

DONC. *(Entrando.)* No hay nadie, no. Pase usted, ten-

ga la bondad. ¿A quién anuncio, me hace el favor? *(Entra Roca.)*

ROCA. Diga usted a los señores...

DONC. El señor no está en casa.

ROCA. Es lo mismo. A la señora, entonces, dígale que el señor Roca, don José Roca, desea saludarla.

DONC. Tenga la bondad de sentarse y esperar un instante. *(Mutis doncella.)*

ROCA. Los pliegos, los resguardos... Sí, aquí lo llevo todo. Sí. Las acciones también. La escritura de la finca... todo; todo está perfectamente en regla.

ESPER. *(Entrando.)* Señor Roca... *(Carlos, que hizo intención de levantarse, permanece al fin en su butaca, escuchando todo lo que ha de hablarse en la siguiente escena.)*

ROCA. ¡Señora mía! ¿Cómo va? ¿Por esta casa, todos bien?

ESPER. Bien, gracias a Dios; pero tome usted asiento.

ROCA. Me advirtió la doncella que su esposo estaba ausente.

ESPER. Esta misma tarde esperamos su regreso.

ROCA. Siento entonces haberla molestado. Quería entregar a ustedes los resguardos efectivos, las escrituras de las fincas en propiedad, todos los papeles, en fin, que el notario me envió hace unos días a Barcelona, y que acreditan y justifican la propiedad de todo lo heredado por Ana María. No es que sean muy necesarios estos papeles, pero, para vender, para operar, en fin, conviene tenerlos. ¡Están todos en orden!

ESPER. Si a usted le parece, cuando venga mi esposo... Convendría que él se informase. Yo, de estas cosas, nada sé. A lo mejor, se extravía algún recibo.

ROCA. Veo su escrúpulo natural de no tocarlos. Por otra parte, el carácter de don Carlos... El, en esto, ha tenido que sufrir mucho.

ESPER. ¡Mucho, mucho! ¡Más de lo que parece! Carlos ha sido muy bueno y muy generoso al aceptar. Al fin y al cabo, ese dinero manchaba su honra.

ROCA. Su honra, no.

ESPER. Es verdad. Esa, fuí yo quien...

ROCA. ¡Señora! De todos los pecados se encuentra redención. Y... dígame: me interesa mucho la felicidad de Ana María. ¿En efecto, es dichosa con ese dinero?

ESPER. Dichosa, tal vez no. Ella es muy buena. Tiene un alma noble, que solo goza viendo gozar a quienes le rodean. Todo se vuelve ofrecernos regalos y hacernos partícipes de su fortuna inopinada, pero todos nos vemos obligados a rechazar sus atenciones. Unos por sospecha, y otros, por convicción. La pobre hija mía sufre y se hace conjeturas que no acaban de ser explicables. «¿Por qué no querrán mi dinero? ¿Qué tendrá esa fortuna para que todos la rechacen?» Y así, ni es feliz, ni vive en paz y en gracia de Dios.

ROCA. ¿Luego esos millones sólo sirvieron para aproximarla a la familia del hombre a quien ama?

ESPER. El dinero siempre tuvo esa misión. ¡Comprar, comprar!; y algunas mercancías se pagan fácilmente, pero otras no se pagarían jamás con todo el oro de la tierra junto.

ROCA. Luego, ¿sus hijos ignoran?...

ESPER. Y lo ignorarán siempre. En más de una ocasión, ante sus preguntas insidiosas, ante sus dudas y recelos, nos hemos visto—me he visto yo—casi obligada a confesarme culpable; culpable, sí, culpable de todo. ¡Sufría tanto viéndoles suponer en contra de mi esposo! Pero él es un hombre de un carácter tan recto, de una bondad tan noble, que me lo prohibió.

ROCA. Señora, ¿no existiría una fórmula para dejar sentada la premisa, ante sus hijos, de una absoluta legalidad?

ESPER. No existiría, no. Carlos es muy inteligente. Nuestros hijos no son unos chiquillos inconscientes, a quienes podamos engañar fácilmente. Ellos nada nos dicen ya por no atormentarnos, por no ofendernos, por no herir nuestros sentimientos; pero siguen sospechando. Es una sospecha inconfesada que les preocupa y les impide ser felices. No

alcanzan a comprender la verdad, y en sus suposiciones, acusan siempre a un inocente. ¡Si supiesen que yo, su madre... soy quien... !

ROCA. Basta, señora mía. Es preciso tener entereza de carácter. Usted está muy por encima de su propia opinión. Es preciso inventar una solución, una solución falsa. Confesarles una verdad, que no lo sea. Darles, en fin, una razón en que puedan apoyarse para matar sus dudas. Yo estoy dispuesto a ayudar a ustedes en todo.

ESPER. No sabe usted cuánto le agradecemos...

ROCA. ¡Por Dios, señora! No es otra mi obligación en este caso. Volveré cuando pueda saludar a don Carlos. Mis respetos, señora. Saludos a sus hijos. Mis respetos... *(Sale.)*

CARL. *(Poniéndose en pie.)* ¡Mamá!

ESPER. ¡Carlos! ¿Tú? ¿Escuchaste?

CARL. Todo. Al principio, contra mi voluntad. Después... por encima de mi voluntad.

ESPER. ¿Entonces?... ¡Dios mío!...

CARL. ¡Ven! ¡Ven a mis brazos, madre! ¡No llores! ¡No llores así!

ESPER. ¡Carlos! ¡Hijo mío! ¡Perdóname! ¡Perdóname! ¡Perdona! ¡Perdóname! Yo no hubiese tenido jamás el valor de confesártelo.

CARL. Tranquilízate, mamá. Tranquilízate y no llores así.

ESPER. Tu padre me prohibió que os confesara. Prefería que recayesen sobre él todas vuestras sospechas. Lo prefería todo antes que daros a conocer esta verdad que tanto me hace sufrir. ¡Carlos, hijo mío! No me mires así. No puedo resistir tu mirada.

CARL. No, madre, no; si lo comprendo todo.

ESPER. Yo te engañé siempre, hijo mío. Ahora me falta serenidad para explicarte. ¡Si tú supieras lo que yo he sufrido durante tantos años! Sin embargo, tu padre fué para mí tan bueno que jamás oí de sus labios un reproche ni una palabra de ofensa para mi pasado. Ni en los momentos de disgusto. Su educación y su cariño le impidieron exteriorizar lo que, sin duda, más de una

vez pensó. Pero yo sufrí mucho, Carlos. Siempre que le veía abstraído en sus meditaciones, el fantasma de mi culpa despertaba en mí. Pensaba en eso, y comprendiendo lo que él me quería, comprendía lo que debía hacerle sufrir mi pasado. Y sin embargo, el tiempo fué borrando, alejando, mi historia de nuestras vidas. He sufrido mucho, mucho, hijo mío. Todas las culpas tienen su expiación. *(Llora.)*

CARL. Basta, basta, mamá. No necesito, ni pido, explicaciones. Aunque lo dudes, lo perdono todo y lo comprendo todo. Con pena, sí, pero con una serenidad que a mí mismo me sorprende. El ser dueño de tu secreto me une a ti, me aproxima a ti, y de esto debo felicitarme. Nuestra realidad es consecuencia del pasado; pero el pasado pasó. ¡Pasó para siempre!

ESPER. Entonces, ¿tú callarás este secreto?

CARL. Claro que callaré. ¿Es que crees que podría ser, en mi egoísmo, capaz de robarle a mi padre el cariño de su hija? Tu secreto debió caer en mis manos, en las mías, ¿comprendes? Y así, Dios deparó esta bendita casualidad. Pero en las de ella, no. Ella debe ignorar toda la vida... Tu secreto sería para ella el mayor dolor. Ella, perdería un padre al saberlo. Yo, lo he ganado para todo el resto de mi vida.

ESPER. ¡Carlos! ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo mío!

CARL. Y tú, no llores. Si le hiciste dichoso, y le diste un hogar, y un cariño, y un hijo... ¿comprendes? Un hijo que tú le diste, que le quitó la duda y que tu revelación vuelve a darle de nuevo. No te arrepientas de nada..., de nada, que aquí estoy yo para conseguir que la paz y la tranquilidad vuelvan de nuevo a tódos.

ESPER. ¿A todos dices?

CARL. Sí. Y desde hoy le daré a nuestro padre la verdadera sensación de mis sentidos. Le haré ver que ya no dudo de él, que creo en él.

ESPER. Silencio.

ANITA. *(Entrando.)* ¡Oh! ¿Estábais aquí los dos de confidencias?

4

CARL. Confidencias agradables, Anita. Mamá y yo hemos charlado mucho. De nuestra conversación ha salido algo bueno para ti. Mamá me ha convencido.

ANITA. ¡Carlos! Pero ¿es posible?

CARL. Lo es. Y mamá está dispuesta a aceptar todo lo que sea razonable y lógico.

ANITA. Pero ¿cómo es posible? ¡En un instante, tanta transformación! ¿A qué se debe este milagro?

CARL. Se debe... a que hemos recapacitado. Nuestro orgullo, pues sólo era orgullo de rechazar tus ofrecimientos, era ridículo y absurdo. Al aceptar un nombre o una familia, se debe hacer arrostrando todas sus consecuencias. *(Entra don Carlos.)*

D. CAR. Hola, ¿estáis aquí?

CARL. ¡Papá!

D. CAR. ¡Carlos!

ESPER. ¡Carlos!

D. CAR. Quisiera hablar contigo unos instantes. *(Carlos y Anita quedan en segundo término.)*

ESPER. ¿Has decidido al fin?

D. CAR. Sí, lo he decidido.

ESPER. El señor Roca estuvo a buscarte. Traía unos papeles.

D. CAR. Bien. Más tarde le veré. Oyeme bien, Esperanza: después de meditarlo mucho... he decidido hablar con mis hijos, de acuerdo con lo que ayer te expuse.

ESPER. Pero eso a nada conduce.

D. CAR. Conduce a borrar de su imaginación esa maldita incertidumbre. Yo procuraré convencerles. Déjame a solas con mis hijos. Quiero que acaben de una vez para siempre todas sus dudas y todos sus pesares.

ESPER. ¡Carlos!

D. CAR. Déjame con ellos, te lo suplico. *(Mutis Esperanza.)* Anita, Carlos, acercaos. Respóndeme, hija mía. ¿Eres feliz, o vives intranquila bajo el peso de una duda? Responde la verdad.

ANITA. Papá... yo...

D. CAR. Ven. Acércate. ¿Qué es lo que tú crees? Respóndeme.

ANITA. Papá...

D. CAR. Quiero hablar contigo y darte la explicación detallada que tú mereces. Al fin vas a saber el verdadero origen de tu dinero.

ANITA. ¿Vas a decirme la verdad? ¿La verdad de todo?

D. CAR. Sí Voy a decirte la verdad. Lo he meditado mucho. Durante estos últimos días he podido observar que tú necesitabas una explicación, ¿no es así? Respóndeme.

ANITA. Así es, en efecto. Sin embargo, no quise preguntarte nunca para no ofenderte. Habla, habla, papá, en la seguridad de que sabré comprenderte.

D. CAR. Hija mía, vas a saber una verdad muy amarga. Espero que sabrás disculparme y perdonar a tu padre si tuvo una flaqueza o una debilidad. Acércate tú, Carlos. Quiero tu perdón también.

CAR. ¡Papá! Mi perdón lo tienes. Yo creo que...

D. CAR. Es propósito firme y decidido deciros la verdad, hijos míos; lo que he hecho, lo hice por vosotros, por ti, por tu felicidad. Fué efecto de un «chantage», pero no tan cruel como pudísteis pensar vosotros. Yo tuve en mis manos, como sabéis de sobra, el porvenir de una importante Sociedad. Me ofrecieron recompensarme espléndidamente si yo les ayudaba frente al Gobierno. Me enteré, por entonces, de tu situación respecto a la familia de tu novio, y fuí débil, fuí cobarde; faltando a mis creencias y a mis costumbres, accedí y acepté el ofrecimiento que me hicieron. Se trataba de una explotación de terrenos. Yo debía asesorar al ministro con un informe desapasionado, y, ¿por qué negároslo? ¡Mentí, mentí! Y, faltando a mi deber, acepté la oferta que me hacían. El señor Roca era el agente de la Sociedad. El Estado hizo la concesión, y entonces decidieron recompensarme. ¡Recompensar mi falsedad, mi falta de rectitud!... El señor Roca vino a Madrid y puso a mi disposición ese dinero. Yo no tuve valor para recha-

zarlo, porque sabía que con él podía hacerte feliz. Aquí tienes mi confesión. Ya sabes, hija mía, la verdad. La verdad dolorosa, que te he ocultado hasta hoy. Respecto a ti, Carlos, espero poder ganar legalmente lo suficiente para compensarte de esta injusticia. Lo hice así, se lo di a tu hermana, para disimular mejor. Todo lo del testamento fué una mentira burda. Lo hice por tu hermana. Ella es mujer, y yo sé que tú no eres nada egoísta. Perdonadme, hijos míos.

ANITA. ¡Papá! ¡Papá! Para mí vale más tu honor y tu prestigio que todos los millones.

D. CAR. Mi prestigio y mi honor permanecen incólumes ante la sociedad. Sea tu perdón el aceptar mi sacrificio íntimo.

ANITA. ¡Papá! Eres muy bueno. Nunca podré pagarte todo lo que tú has hecho.

CARL. En efecto, es muy bueno papá; muy bueno para ti.

D. CAR. Ya no creerás en mí, ¿verdad hijo mío? ¡Ya no creerás nunca en tu padre!

CARL. *(Aparte a su padre.)* Perdóname, papá. Para seguir creyendo siempre en ti, perdóname que lo único que no crea sea esto; esto que acabas de decirnos.

D. CAR. ¿Entonces?...

CARL. Ignoro tu verdad, y prefiero ignorarla siempre. Sé que con tu mentira salvas algo más sagrado para ti, que tu propio amor y la fe de tus hijos. Grande debe ser lo que no dices. Pero más grande es aún tu sacrificio. *(A Anita.)* Anita, ven, abraza a papá. ¡A tu padre! Papá es para ti el mejor hombre del mundo y el mejor de los padres. No lo dudes, Anita. Abrázale como yo, y quiérele como le quiero yo.

D. CAR. *(Emocionadísimo.)* ¡Carlos! ¡Hijo mío! ¡Dios te pagará el bien que me haces con tus palabras! *(Esperanza aparece por el foro. Contempla la escena con gran emoción.)* Ahora, en este instante, me parecéis los dos más míos que nunca.

TELÓN


LEA VD.
La Novela Famosa
Quincenal: 1 peseta
LOS JUEVES
EL CUENTO AZUL
40 CTS.
ROCAMBOLE
50 CTS.
LOS VIERNES
EL TEATRO
MODERNO 50 CTS.
LOS SÁBADOS
AVENTURAS
50 CTS.
La Novela Sugestiva
50 CTS.
LOS DOMINGOS
El Sheriff
30 CTS.
NOVELAS EMOCIONANTES
Ejemplar: 2 pesetas
Solicite catálogo